

La brisa suave

Llanto sobre una Renovación carismática dividida

En otoño de 1987, fuimos destituidos de la Coordinadora nacional de la Renovación carismática, el difunto P. Pedro Reyero y el que subscribe estas páginas. Hoy es el día que no conozco bien los motivos que hubo para emprender tal acción. Sin duda, fueron poco formulados, muy viscerales y nada afortunados, vistas las consecuencias que generaron. Nos hablaban de que nuestra predicación incidía en el tema de la gratuidad de una manera peligrosa. También de que promovíamos un estilo de renovación demasiado afectuoso, con libertad de trato poco aconsejable, y de que, en el hablar y en el comportarnos, actuábamos con frivolidad.

Algo de eso había, sin duda. No obstante, nuestra predicación llegaba al pueblo y, de una manera especial, al pueblo más pobre y sencillo. Han sido muchos miles de testimonios los que han avalado esta apreciación a lo largo de los años. No podíamos, por tanto, dejar de anunciar, sin traición, lo que habíamos recibido, incluso en cuanto al modo y estilo. La palabra que nos estaba salvando e instruyendo a nosotros, lo hacía con otros, sometidos hasta entonces a la esterilidad del pecado o de innumerables prácticas vacías.

En la Coordinadora estábamos siete personas: cinco varones y dos mujeres. Éstas, se unieron a nosotros y nos instaban a que fuéramos nosotros los que expulsáramos a los otros tres. Sin embargo, el Señor no permitió que se produjera la gran división a la que nos abocarían estas posturas. Hubiera sido una durísima prueba para una Renovación todavía muy tierna y en el pleno gozo de una experiencia nueva. Preferimos “obedecer” y salir del grupo coordinador. Este trance duró unos seis meses porque hubo serias protestas por toda la geografía nacional y se vieron obligados a readmitirnos.

La interpretación que se hizo de estos acontecimientos por aquel entonces, fue puramente teológica. La Renovación en España estaba liderada por dominicos y jesuitas y, este dato, encarnaba, sin remedio, dos tendencias opuestas. Se perfilaban como dos Renovaciones: la de los dominicos insistía en la gratuidad, es decir, en la acción previa de Dios que nos ama libremente, aun cuando no estemos preparados ni seamos dignos de ello, si acogemos su gracia en el momento propicio. La de los jesuitas ponía más énfasis en la preparación y dignidad de las personas para que la gracia de Dios llegara hasta ellos

Personas, fuera del ambiente carismático, podrían imaginar que estas diferencias son fácilmente salvables e, incluso, fecundamente interactivas. Al nivel en el que se vive la experiencia de gracia en la Renovación, no se ven las cosas así. Al contrario, dan como

resultado dos formas muy distintas de vivir nuestra relación con Dios y con los hermanos. La primera, al recalcar la iniciativa de Dios sobre el pecado del hombre, hace de Dios un instrumento de misericordia, amando a las personas tal como son, buscándolas en sus pobrezas, abajándose hasta su condición de miseria. Este talante engendra una confianza que se traslada inmediatamente a la relación con los demás e instituye unas relaciones interpersonales de desenfado y libertad.

La de los jesuitas, busca más seriedad e impone condiciones para que el sujeto viva y se comporte de una manera digna de la gracia. Hablan de amor pero sin afecto, hay que hacer comunidad pero sin cariño ni muestras especiales de ello, hay que ser espontáneos pero en un contexto muy regulado. Mientras una tendencia parece exagerar la alegría de la gratuidad; la otra no acaba de eliminar la tristeza de la culpabilidad, aun sintiéndose salvado.

A mí, personalmente, siempre se me acusó de conducir la Renovación por caminos de afectividad exagerada. Se me criticó mi espontaneidad en el lenguaje de la predicación, en los gestos, en los saludos, en la forma de introducir el abrazo de paz, en el promover reuniones o cenas después de la oración y, en fin, el talante demasiado liberal de las relaciones interpersonales. Yo, en cambio, veía en otros que no superaban la tristeza, el miedo y el escrúpulo, después de haber recibido una experiencia tan colosalmente liberadora como es la del Espíritu.

Como, entre los que han sido coordinadores, siempre ha prevalecido esta segunda tendencia, he recibido suficientes reproches y amonestaciones. Sin embargo, yo no he podido abdicar de mi propia gracia que me hacía bien a mí y a un pueblo muy numeroso que sentía, por su parte, algo semejante. Una de las características que creíamos propia de la Renovación era la de exaltar el gozo y la alegría de estar salvados. Y esto, no sólo en el momento puntual de la alabanza, sino más allá de la oración. El señorío del Jesús resucitado, superando lo tétrico de la muerte, nos invitaba a ello.

En cierta ocasión, allá por los años 84, se me corrigió seriamente en una reunión oficial de la Coordinadora nacional. Se me hizo ver que mi forma de conducir la Renovación carismática no era adecuada, sobre todo al nivel de la afectividad y del trato en las relaciones interpersonales. En aquel momento, éramos cuatro personas en la Coordinadora. Contesté diciendo que les escuchaba y que llevaría seriamente a la oración lo que me acababan de decir. Ahora bien, si el Señor no confirmaba sus recomendaciones en mi corazón, yo tenía que seguir haciendo lo que me dictaba mi conciencia y no la suya, la cual, por otra parte, no me ofrecía suficientes garantías de liberación y equilibrio, ni siquiera a nivel humano.

Todas estas posturas, tomadas al interior y en la cúspide de la Renovación, creo que han tenido una importancia muy grande, incluso para acrecentar y salvaguardar la gracia de la Renovación. Es ésta, pienso, una gracia recibida, no sólo para nosotros, sino para un pueblo increyente y alejado de Dios. El destino de la gracia de Dios siempre serán los pobres; no nuestros castillos interiores de naipes. Sin darnos cuenta, cada uno desde su psicología, desde

su temperamento, cultura y tradición, vamos imponiendo a los demás lo que creemos que es bueno e incluso necesario para el servicio de Dios. No se trata de malicia en las intenciones sino de una ley inexorable del hombre, no suficientemente redimido, que quiere imponer a los demás lo que él considera bueno.

En la Renovación este hecho es muy peligroso, porque vamos tejiendo en lo oculto redes de comportamientos que siempre llevan anexos dominio y luchas de poder, sembrándose la semilla de los partidos y divisiones. Esto es muy natural, mas en la Renovación no debería ocurrir así. Somos el único pueblo gratuito, no fundado por nadie, no programado, no llamado para hacer algo concreto. No hemos nacido por efecto de un carisma para una tarea previamente señalada. El crear cauces y rutas desvirtúa el encanto de lo imprevisible, de lo pentecostal, del actuar incondicionado del Espíritu.

Para respetar la autonomía del Espíritu, nos deberíamos respetar mucho más los unos a los otros, sabiendo que el Señor no se somete a nuestros criterios y reglas de actuación. Entre nosotros, cada uno ha recibido su experiencia de una manera personal y autónoma, a veces en comunidad y otras, fuera de ella. Esta experiencia crea conciencia y responsabilidad propia, aunque le sea conveniente ser corroborada y fecundada con la recibida por los otros miembros de la comunidad o grupo. Lo que se dice e impone a los demás, debería respetar siempre la autonomía de los corazones, cuyo único dueño es el Espíritu, a la vez, que es el único que puede llegar hasta ahí.

La Renovación en España podía haber adoptado diversas formas de desarrollo, por ejemplo, suscitando comunidades, como en Francia; o bien, ligándose a parroquias, conventos o a entidades religiosas autónomas. Nuestro carácter poco asociativo y muy individualista, ha hecho que el brotar de nuestra Renovación haya sido espontáneo y por lo libre. En el lugar más impensado y con gente de lo más inesperado, han ido surgiendo los grupos. Dada una base semejante, la tendencia natural fue la de la coordinación de los grupos. Una opción muy peligrosa, como se ha ido demostrando a través del tiempo. Quizás ese haya sido nuestro gran error: en vez de insertarnos en la Iglesia a través de parroquias y conventos, lo hemos querido hacer desde organismos autónomos y coordinados, con lo que ni estamos ni acabamos de estar. Así nació la Nacional y, más tarde, las regionales. Esto pudo ser posible, al principio, porque a nadie se le pasó por la cabeza que pudiera tratarse de algo más que de una simple coordinación exterior, respetando totalmente la autonomía de los grupos y de las personas dentro de ellos.

Sin embargo, las tendencias naturales en el hombre y los demonios larvados del subconsciente, han hecho que la emulación y la lucha por el poder se haya instalado en las coordinadoras. Los acontecimientos que se han seguido y que están ahora en auge, prueban que las cosas han sido así. El dirigismo, muchas veces azuzado por la propia debilidad de los grupos, ha impuesto sus criterios. La incapacidad e incompetencia de los dirigentes, incluso a nivel humano, ha hecho el resto. El hecho es que, desde hace muchos años, se adoptaron actitudes de fuerza que han hecho escorar a la Renovación

La tendencia vinculada más de cerca a la gratuidad, no ha tenido, desde 1988, cabida en ninguna asamblea nacional y, sólo por casualidad, en alguna asamblea regional despistada,

si exceptuamos el Norte y Cataluña. Se ha tratado de silenciarla en todo lo posible, siendo así que gran parte del pueblo clama por el alimento con que se sintió fortalecido en otros tiempos y que le venía de ahí. Igualmente sucede con la revista “Nuevo Pentecostés”. Sin duda está, bien confeccionada y hecha con mimo y cariño, pero muy vacía de contenidos. No ha superado el nivel de la hoja parroquial, ni puede ser presentada a nadie más allá de los círculos del beaterio. Podía haber sido el foro abierto e imparcial, donde se pudiera contrastar la gran teología que engendra la Renovación, con la rica diversidad de opiniones y experiencias a que da lugar. Sin embargo, ha estado secuestrada, marcando una línea sectaria y desdeñando lo que, de verdad, pudiera haberla enriquecido. No ha tenido más remedio que refugiarse en el devocionalismo, sin altura teológica de ninguna clase.

La línea de la gratuidad se ha mantenido, no obstante, y se mantendrá, por la connaturalidad que el Espíritu imprime en el alma renovada. El pueblo sencillo no formula pero discierne. Aunque se le quiera dar lo que no es, no encuentra pasto alimenticio. No sabrá decir cómo deben ser las cosas, pero el que tuvo retuvo, y sí que intuye lo que no es más que a medias. Los que tenemos tiempo para formular las cosas debemos ser muy sinceros con los que, por sus ocupaciones, no pueden hacerlo.

En esta línea de sinceridad, debemos decir que la gratuidad, entre nosotros, se ha visto favorecida por la literatura escrita. La teología que se ha escrito en España, sea mucha o poca, sobre la identidad de la Renovación, se ha hecho desde esta perspectiva. Gracias a Dios es una teología de encarnación, centrada en el misterio pascual de Cristo, con pocas concesiones a la galería de sanaciones, descansos y emocionalismos al uso. Mas, también aquí nos hemos encontrado con un imponderable. La dificultad para publicar libros dentro del ámbito de la Renovación, en su editorial Sereca, en ocasiones, ha sido épica. De ahí que, con hartos dolores, bastantes libros sobre la Renovación o sobre temas relacionados con ella, han sido publicados por editoriales foráneas.

Con el correr de los años, la tentación de la estructuración se ha ido haciendo imparable. La mayoría de los dirigentes actuales no conocieron los inicios y no vibran con la radical novedad con que el espíritu de la Renovación brotó en la Iglesia. Como digo, no se trata de malas intenciones ni de planificaciones exterminadoras. Pienso que lo que se está haciendo se hace con la mejor voluntad y desde el celo del servicio a Dios y a los hermanos. El problema no radica en las intenciones sino en que la luz se encubre bajo el celemín. No es cuestión de denunciar a nadie sino de ayudarnos a abrir los ojos.

Con la estructuración sale a primer plano el tema de la autoridad y la jurisdicción. ¿Podemos crearle un código a la Renovación? ¿Puede haber unos estatutos que no engendren sometimiento y desvirtuación? Lo más bello de la Renovación y lo que nos ha salvado a muchos es la libertad interior del Espíritu. En la Iglesia no hay otra cosa semejante. Todos los grupos y entidades tienen su fundador, han nacido para un fin, las metas están al inicio de las acciones. Entre nosotros, por el contrario, todo fue sorpresa. Nos hemos visto arrastrados por

una corriente en cuyo inicio no hemos participado. ¿Por qué queremos ahora ser como los demás? “Esto de los estatutos, ¿no es volver a la ley?”, me decía un mujer muy sencilla. A uno le resuenan aquellas palabras de Gálatas, 3, 1 ss: *¿Tantas magníficas experiencias en vano? Oh, insensatos gálatas, ¿quién os ha embrujado?*

Nos pareció, al principio, vivir un cuento de hadas. A la escucha del Espíritu, gobernados por los carismas, dejando a Dios ser Dios. Nos parecía maravilloso que Dios pudiera ejercer su poder en un pueblo sencillo y sin contaminar, ni por leyes, ni por estructuras ni tradiciones de ninguna clase. En una Iglesia sobrecargada de legalismos encontramos el oasis liberador... No hemos podido aguantar la nada de las manos vacías para que el Espíritu las llene de lo que a él le plazca. Nos ha vencido la eficacia, la necesidad de ser reconocidos, el señuelo de una fortaleza y significación humana. Hemos deseado con ansia carismas de sanación y de rebrillo para imponer una atrayente mercancía en el mundo espiritual.

No hemos podido aguantar la propia pobreza. Desde hace muchos años, de una manera sistemática, se traen predicadores extranjeros a las asambleas. Parece que hemos querido crecer con el crecimiento de otros, despreciando la palabra propia que el Espíritu da para España. Es como si una novicia entra en un convento y le dice a su maestra: “La vocación la tengo para este convento, pero la que me va a dirigir será la priora del convento vecino porque es más brillante que ustedes”. La Renovación de España, tal vez sea pobre, pero es la nuestra. No la aceptamos. Seguimos importando, sobre todo de Sudamérica, métodos y sanaciones al por mayor que, para nuestro contexto, rayan en una descarada frivolidad. No nos equivoquemos, el crecimiento de la Renovación sólo vendrá de ser sepultados con Cristo en el bautismo, de donde brotan los carismas, no en general, sino los que el Señor conceda a cada individuo, grupo o nación, sean pobres o sean como sean. El traer a otros que, en algún momento puede ser muy bueno y complementario, si se hace sin discernimiento, se convierte en desprecio y negación de nuestra propia vocación y crecimiento.

En la Renovación la predicación siempre fue esencial. El tono de una asamblea la marcaba la calidad espiritual de las charlas. De la palabra brota una sanación y una alegría muy especial que unge al pueblo y lo llena de gozo. Un pueblo que no tiene palabra, fenece. No basta con las Sagradas Escrituras. Hay que estar en sintonía con la función profética con la que el Espíritu suscita predicadores en las distintas épocas. Es cuestión de acoger y reverenciar el carisma, no la significación personal de nadie.

Yo me pregunto: ¿qué les vamos a predicar a los pobres cuando lleguen a nuestros grupos? ¿Por dónde empezamos a hablarles, por Cristo o por los estatutos? En un convento cuando entra un novicio, lo primero que se le enseña son las constituciones y tradiciones de la congregación; a Cristo ya se le supone. Cuando un pobre llega a la Renovación, no hay que suponer nada; puede llegar desde el desconocimiento total y desde la miseria espiritual más honda. Si esta persona se siente liberada por Cristo, como tantos de nosotros lo hemos sido, ¿qué puede pensar cuando empieza a oír hablar de estatutos y reglamentos?

Hoy en día la Renovación carismática de España se ha convertido en movimiento. Desea ser reconocida por la Iglesia mediante estatutos y reglamentos inapelables. Casi nadie sabe dónde se ha originado esta galerna pero estamos inmersos en ella. La Coordinadora nacional actual, con un celo digno de mejor encomio, anatematiza todo lo que no vaya en esa dirección. Se ansía el día en que haya, por fin, un reconocimiento oficial de los estatutos, para que todo esté claro, atado y bien atado, acabando con cualquier veleidad.

Naturalmente, a esta postura de fuerza e imposición se le está oponiendo otra que amenaza con actuar con virulencia semejante, como era de prever. Los unos, en su desafuero, se creen revestidos de autoridad y legitimidad para imponer, deponer, vetar, anular, dirigir y anatematizar, oliendo su actuación a craso fundamentalismo iluminado. Los otros se defienden de ese atropello, dado que entre nosotros nunca fue así. Se utilizan palabras sacralizadas como obediencia, sometimiento, voluntad de Dios, amor a la Iglesia, cuando, en realidad, son extrapolaciones que están fuera de lugar y sacadas de contexto, por lo que encierran una buena dosis de manipulación y chantaje.

Uno se pregunta: ¿Qué es la Coordinadora nacional? ¿Quién la compone? ¿Qué pecado ha cometido esta Coordinadora para merecer el triste sino y “privilegio” de complicar las cosas hasta llegar a la división? No cabe duda que tiene que ser gente sencilla y buena que, lo que hacen, lo están haciendo para bien. ¿Quién les está engañando? En una cosa tan sencilla, tan espontánea, tan libre como es la llamada del Espíritu ¿por qué quieren asfixiarla? ¿Cómo esa buena gente puede pensar que esto debe funcionar como un convento con voto de obediencia? Yo quisiera amar a mi Coordinadora nacional y estarle muy agradecido por el tiempo que emplea en servirnos a los demás. Yo no quiero pensar en ellos como depredadores de la libertad del pueblo sencillo. Yo lloro: permítanme llorar sobre la túnica rasgada de un soplo tan suave y tan tenue como es la Renovación que no consiste en otra cosa que en proclamar el señorío de Jesús y no el nuestro.

Aquí, en Madrid, nos vemos actualmente presos de auténtica perplejidad. La Coordinadora nacional acaba de anular una elección de la coordinadora regional del centro, no se sabe bien por arte de qué maleficio. Evidentemente, mucha gente está dolida y se van añadiendo heridas sobre heridas. No se vislumbra por ninguna parte un átomo de prudencia, discernimiento y mansedumbre. ¿Qué se puede hacer? Ayer, día 20 de diciembre de 2003, hubo una reunión de la Nacional con los grupos de la región para nombrar una gestora propuesta a dedo, que ha consumado la división. Yo nunca he estado implicado en estas cuestiones ni he asistido a las reuniones, pero he telefoneado a tres grupos de oración de fuera de Madrid para preguntar por lo sucedido ayer. El calificativo más suave que he escuchado ha sido el de penosa, una reunión penosa. Mucha gente de la región centro considera la actuación de la Nacional manifiestamente arbitraria e injusta. ¿Qué podemos hacer? ¿Obedecer? Nos haríamos cómplices de introducir en la Renovación un principio de autoridad que la desvirtuaría y la trasformaría en otra cosa.

En medio de toda esta baraúnda, la desinformación del pueblo clama al cielo. Se aplican unos estatutos que no están aprobados, que no se han hecho por consenso, que muchos rechazamos de todo corazón. Está claro que, aunque sean aprobados, servirán sólo para los

que voluntariamente quieran aceptarlos. No hay por medio ningún voto de obediencia, ninguna promesa, nada a lo que se nos pueda obligar. Estamos en un terreno dónde sólo la propia libertad, guiada por el Espíritu, es la que nos debe mover. Libremente entramos en la Renovación y libremente seguimos en ella. De todo esto no se habla a la gente porque, si se hablara, el pueblo ejercería su discernimiento. Como no se informa, aparece el escándalo para los más sencillos; escándalo, por otra parte, inevitable, porque todo el mundo actúa superconvencido de que, lo que hace, lo hace en servicio de Dios y de que Dios piensa igual que él. Sin embargo, Dios no piensa igual que nosotros.

Pese a lo dicho, no quiero excusar tampoco al pueblo ni mirarlo a través del velo romántico de la víctima indefensa o de la minoría de edad. Así como una falsa compasión destruye el verdadero amor, una falsa sumisión destruye la verdadera obediencia. Si el pueblo desinformado, no reacciona, se hace reo de una ignorancia afectada y voluntaria. Es necesario que este pueblo supere el borreguismo y se haga sujeto de su propia historia. El miedo a la libertad es algo indigno de un pueblo cuyos miembros han recibido individual y personalmente la experiencia y sabiduría del Espíritu. No se puede eludir continuamente el conflicto diciendo que el Señor lo arreglará o que aquí no pasa nada: sí, señoras y señores, aquí está pasando algo y muy grave. En los últimos tiempos han querido moldear nuestra Renovación según el modelo de una facción italiana, no bien vista por el ICCRS, paseándonos al líder de dicha facción por todas las reuniones y asambleas de la geografía nacional. Obedecer, sin más, a los que se arrojan una autoridad que no les pertenece, es colaborar en la destrucción de la obra del Señor.

Basta con leer el último boletín del ICCRS de septiembre-octubre de 2003, para darse cuenta de lo descolocada que está nuestra Coordinadora nacional. El ICCRS, que es la máxima instancia de la Renovación carismática y quien nos representa ante el Vaticano, está seriamente preocupado. Cito sólo un párrafo de dicho boletín, pag. 4: “Debemos, después de 36 años de Renovación, recapacitar y ver si lo que vivimos actualmente todavía se corresponde con lo que fue “un nuevo Pentecostés en la Iglesia”, o si la institucionalización excesiva bien pudiera haber llevado a una pérdida de su significado. Algunos piensan que la madurez eclesial coincide con la organización y la estructura; otros, en cambio están unidos por el grito doloroso de no hacer de la Renovación algo contrario a su naturaleza”. Los que tanto empeño tienen por “obedecer”, ¿por qué no obedecen y siguen las pautas del ICCRS, que es la más alta “autoridad” que tenemos?

¿ Hace todo esto mucho daño a la Renovación? Yo pienso que no demasiado; hay aquí una protección que va mucho más allá de nuestras bravatas e insípidas petulancias. De nuestra pobreza humana estamos todos muy convencidos. La hemos descubierto al contraluz de la enorme gracia de gratuidad que se recibe en la Renovación. Tendremos que aguantar nuestra vulnerabilidad, para que el Espíritu Santo pueda seguir haciendo su obra. También conviene que nos riamos un poco de nosotros mismos, cuidando de que no se nos endurezca el corazón.

A los verdaderos carismáticos, a los que han descubierto la pobreza de Espíritu y saben que sólo de Dios se puede esperar algo, no les va a hacer daño la movida presente. Al contrario, les va a hacer profundizar mucho. El mismo hecho de sufrir por la Renovación y por su pecado, ya es una gran gracia de Dios.

Puede significar, sin embargo, una gran criba. A lo largo de treinta y seis años de recorrido, se ha adherido a la Renovación mucho del polvo del camino. Esto, hasta tal punto, que las diferencias dentro de la Renovación, se están haciendo casi insuperables. No es fácil mantener una comunión plena, porque no todas las personas ni todos los grupos han recibido ni viven la gracia específica de la Renovación al mismo nivel. La crisis va a poner cara y perfilar bien dichas diferencias.

En efecto, la caída en el devocionalismo está a la orden del día. Hay muchas personas que tienen devoción al Espíritu Santo y se llaman carismáticas. Están en los grupos desde un contexto piadoso de la fe, para ser mejores, para salvarse, para hacer algo eclesial. No han sentido nunca la llamada profética a una conversión ni a una renovación; no buscan ser fermento de nada. A un verdadero carismático le cuesta mantener el nivel de comunión con este tipo de personas; no se siente en la misma onda.

Lo mismo sucede entre los grupos. Muchas reuniones de éstos, son reuniones de devoción. Se dedican a practicar viejas devociones, que son buenas, pero no proféticas para este momento: rezar el rosario, adorar al Santísimo, hacer actos de caridad, visitar a los enfermos, atender a los pobres. Todo esto no es Renovación carismática. No renueva nada; insiste en lo viejo. A este tipo de Renovación le encanta la ceremonia, la liturgia, el espectáculo, el incienso, el rito. Desea entroncar con actitudes y gestos del pasado, en la forma de vestir, de rezar, y de programar las reuniones.

¿Qué es lo que se está perdiendo? Se está perdiendo la experiencia viva de Pentecostés, lo imprevisible del Espíritu, el kerigma, la proclamación del señorío de Jesús, la experiencia de una alabanza espontánea y desbordante, la compunción en el pecado, la comunión de amor, la alegría transformadora y contagiosa de sentirse salvados. En muchos grupos ya ni se hace ni se valora el bautismo o efusión del Espíritu. Ni siquiera en las últimas asambleas nacionales y regionales hay efusión del Espíritu, cuando ha sido siempre el contacto vivo con todos los nuevos que llegaban. Un carismático que viva esto, ¿qué comunión puede tener con los espectáculos litúrgicos que nos sirven hoy en día en las asambleas? Ha desaparecido la efusión, los testimonios, el compartir de los unos para con los otros, los gritos de alabanza no inducidos desde los micrófonos. Todo ha sido apisonado por el rodillo del dirigismo y planificación. Para mí el síntoma más grave de todos es que, lo que ha sido hasta ahora núcleo del culto carismático, ha sido sustituido por la presencia omnipresente de la adoración al Santísimo. Lo cual significa una vuelta al individualismo solipsista del cual fuimos sacados por el Espíritu. Todos los antiguos en la Renovación saben muy bien que, en los quince primeros años de Renovación carismática en España, no hubo ni una sola adoración.

Por eso, puesto que en la Renovación hay más de una Renovación, es inútil pretender la salvaguarda de una unidad unívoca. Si las cosas son así, pienso que los que buscan y necesitan una Renovación estructurada con fuertes estatutos y reglamentos claros, están en su

derecho. Que se coordinen, que les aprueben los estatutos y que caminen en la paz del Señor. Si ellos sienten ese camino como una vocación, ¿quién tiene derecho a oponerse? ¿Qué se apropian oficialmente del nombre de Renovación carismática? ¿Qué importancia tiene eso?

En este momento, llevo clavados en el pecho unos versículos de la Escritura: *Al que escape a la espada de Jezabel, le hará morir Jehú; y al que escape a la espada de Jehú, le hará morir Eliseo. Pero me reservaré siete mil personas en Israel; todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron (1R. 19, 17-18).*

Esta palabra la recibía hace unos días mientras sufría con un grupo de amigos los acontecimientos de la Renovación carismática. A lo largo de la conversación se nos fue aclarando el contenido del mensaje, colocándose cada cosa en su sitio. Sentimos, con una unción muy grande, que en la Renovación acontece lo mismo que le ocurrió al profeta Elías. Éste, penetrado por el celo de Yahveh, degolló a cuatrocientos profetas de Baal (1R. 18). El Señor estuvo con él y colmó de signos su actuación. La reina Jezabel, sin embargo, juró darle muerte.

Elías cogió miedo y huyó al desierto. El camino que recorrió fue muy largo, aunque siempre estuvo asistido por el ángel del Señor. Llegó al Horeb, el monte de Yahveh, y se metió en una cueva. Estando allí le fue dirigida la palabra del Señor: *¿Qué haces ahí, Elías? Él respondió: Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares, y han pasado a cuchillo a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.*

Y, he aquí que Yahvéh pasaba: hubo un huracán violento, pero no estaba Yahveh en el huracán. Hubo un fuego y un terremoto, pero no estaba Yahveh en ellos. Después del fuego se escuchó el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías cubrió su rostro con el manto.

La brisa suave es Jesucristo. El celo del profeta Elías, aun sirviendo a Yahvé, no era del agrado del verdadero Dios. Era un momento de la revelación, pero la palabra ya nos anuncia a Cristo. Esos celos intempestivos, que buscan renovar la faz de la tierra con incendios, huracanes y terremotos, no producen más que divisiones y persecuciones, como le sucedió a Elías. Jesús vendrá como la brisa suave, sin romper la caña cascada ni apagar la mecha mortecina. La Renovación carismática no puede ser otra cosa que brisa suave.

Al poco tiempo de entrar en la Renovación carismática, comencé a oír una frase que no entendía entonces muy bien: “La Renovación es Jesucristo”. Ahora, ya la entiendo mejor. La Renovación no ha venido a ser ni terremoto, ni incendio, ni huracán, sino la brisa suave de Jesucristo. Si llevamos a la Renovación por esos caminos, Dios dejará de pasar. Se oscurecerá la Pascua.

Ya sé que es muy difícil aceptar la brisa suave: ¡es tan pobre! Sin embargo, Jesucristo sólo sucede en ella. Nosotros buscamos ser una asociación más en la Iglesia; con toda clase de reconocimientos estatuidos. En la Iglesia hay miles de asociaciones como ésa; sin embargo, no

hay mucha brisa suave. ¡Qué pena que deseemos ser terremoto, cuando se nos ha concedido el extraordinario privilegio de escuchar el susurro de la brisa suave!

A mí, como religioso, me afectan en la entraña estas desviaciones estatutarias. Hasta ahora, en los grupos, hemos convivido pacíficamente, ayudándonos mutuamente, sacerdotes, religiosos y seglares. Desde el momento en que se implanten unos estatutos inapelables, nos obligan a los sacerdotes y a los religiosos a entrar en conflicto, porque, evidentemente, la doble pertenencia no va a ser reconocida por nuestros superiores. Doble autoridad, doble jurisdicción, doble obediencia, no parecen ser muy recomendables. Necesariamente nos obligarán a elegir. Los estatutos nos expulsarán de la Renovación. Por mucho que algunos, afectados de seglarismo, quieran reivindicar la Renovación como un movimiento de seglares... yo les aseguro que, si comienzan a faltar en sus filas, como empieza a suceder ya, los sacerdotes y religiosos..., yo les aseguro, repito, que *su morada quedará desierta*(Mt. 23, 38). La Renovación no es un movimiento en la Iglesia, sino una Iglesia, donde deben caber todos, en movimiento.

Me acaban de escribir de Buenos Aires y me cuentan cómo en la Argentina después de varios años de duras discusiones sobre los estatutos, el Cardenal los ha retirado y ha encargado a la Renovación que presente simplemente unos "lineamientos". Me parece una visión magnífica porque, unas simples pinceladas, diciendo lo que somos y cómo estamos constituidos, bastarían para cubrir la exigencia de unos estatutos, si hay alguien que nos los exija, sin necesidad de destruir la esencia de la Renovación con unos espesos y pesadísimos estatutos y reglamentos como quieren hacerlo aquí. Dichos lineamientos no deben aspirar más que a unos mínimos, donde se resalte lo esencial de la Renovación, respetando siempre la libertad, estilo y carisma de cada grupo, y no a unos máximos de uniformidad rígida donde se destruye la esencia y se multiplican los intervencionismos.

Si no ponemos remedio, ahora que estamos a tiempo, si alguien me pregunta: "Tú, después de estos estatutos que nos proponen, ¿qué serás"? Responderé diciendo: "Seré un sacerdote perteneciente a una corriente carismática, no coordinada, abierto a toda comunión. Donde me dejen estar, estaré; y, si de alguna parte me echan, me saldré. Asistiré a todo mientras encuentre vida en esa asistencia y mientras mi identidad y conciencia me lo permitan. Si me piden algo, lo haré y, si alguna persona me necesita, la atenderé. Más allá de eso, me será difícil ir. Si algunos quieren personalizar y estrechar tanto su camino que yo no pueda ir detrás de ellos, tendré que prescindir de su compañía".

Sin embargo, estoy completamente seguro que el pueblo de la suave brisa, no va a desaparecer jamás. *Me he reservado siete mil personas; todos los que no doblaron sus rodillas ante Baal y cuyas bocas no besaron al ídolo*". Me gozo entregando el futuro al Espíritu Santo. No quiero ni siquiera darle ideas. Del futuro lo único que sabemos cierto es que no será como nosotros lo imaginamos. Me encanta pensar que sólo el Espíritu Santo va a llenar de contenidos mi futuro.

Doy gracias a todos los que me habéis permitido llorar mi verdad sobre vosotros.